

## SERMON

PARA EL DIA DE SAN CAYETANO.

*Statuam pactum meum inter me, et te, ut sim Deus tuus: tu ergo custodies pactum meum.* Gen. c. 17.

Haré contigo un pacto; yo seré tu Dios, y tú cumplirás las condiciones que yo te proponga.

**L**A vida de Abraham, Catholico, ya se considere por parte de las rigurosas pruebas que el Señor hizo de su virtud, ó por parte de las recompensas con que premió su constante fidelidad, toda estuvo llena de prodigios: desde sus primeros años el Señor le hizo oír su voz, manifestandole extraordinarias promesas; pero con qué condiciones? Sal, le dice, del seno de tu patria, y abandona tus parientes; pero esto no era mas que el principio de la penosa carrera que havia de seguir aquel Santo Patriarca.

Desde este instante, siempre viajando, sin ver jamás el termino de sus peregrinaciones; guiado siempre por una providencia, que parece gustaba de ocultarse á él, empeñado algunas veces contra todas las reglas de la prudencia humana, en las mas arduas empresas, siempre tranquilo, sin desconfianza, y sin inquietud, aun hallandose en las circunstancias mas criticas, se manifiesta digno instrumento de las divinas misericordias, derrama por todas

partes la bendicion, se olvida de sí mismo, y del peligro á que se expone, siendo víctima de la injusticia, y del furor de aquellos á quienes ha salvado: si el Señor condesciende con sus deseos, es para ponerle inmediatamente en la prueba mas difícil, pidiendole el sacrificio de la unica prenda que le havia dado de sus promesas.

Pero al mismo tiempo, ¿qué gracias, y qué favores no derramó sobre él? Justifica con extraordinarios prodigios su ciega confianza, le defiende con su proteccion contra la malicia de sus enemigos, y corona todas sus empresas, haciendo que todo el universo le admire, y le respete; finalmente, Abraham parece haver nacido para ser el hombre de Dios: *Custodies pactum meum*, y el Señor parece que se precia de ser reverenciado como Dios de Abraham: *Ut sim Deus tuus.*

Me parece, Catolicos, que por estas señas habreis venido ya en conocimiento del illustre Patriarca, cuya memoria celebra hoy la Iglesia nuestra Madre: este es su verdadero retrato, y todo mi discurso se reducirá á justificar el paralelo que os acabo de proponer, manifestandoos en la primera parte, que Cayetano fue el hombre de Dios; y en la segunda, que el Señor era el Dios de Cayetano: *Custodies pactum meum, ut sim Deus tuus*: pidamos á la Reyna de los Angeles me alcance del Divino Espiritu, gracia para hablar dignamente de las virtudes de su especialísimo devoto Cayetano, saludandola como es costumbre. AVE MARIA.

## PRIMERA PARTE.

**U**N hombre que no vé mas que à Dios en el mundo, que solamente espera en él, y se abandona ciegamente à su providencia; un hombre à quien parece que el Señor ha hecho nacer solamente para sí, para hacerle su Agente, y su Ministro universal; un hombre, finalmente, que se consagra sin limitacion alguna à la execucion de todos los designios de su Dios; este hombre se llama con propiedad el hombre de Dios, y esto fue lo que practicó Cayetano todos los dias de su vida: nuestro Santo fue hijo muy particular de la divina providencia, instrumento de sus designios, y víctima de su gloria.

Ya havia muchos siglos que miraba la Iglesia como su mas segura esperanza à la Casa de Thiene, en cuyos hijos havia hallado los mas zelosos defensores de su gloria: unos la havian vengado de las armas de los Tyranos que la oprimian; otros la havian restituido la paz con la profundidad de sus consejos, y casi todos la havian ilustrado con la luz de su doctrina, y edificado con el exemplo de sus virtudes; pero el siglo decimoquinto vió reunida en Cayetano toda la gloria de sus mayores, ò por mejor decir, queriendo el Señor manifestar los tesoros inagotables de su providencia, embiando al mundo à Cayetano, dió à la Iglesia en un siglo de los mas funestos para ella, un Apostol, un restaurador, y un modelo.

Pudiera, muy bien, Catolicos, justificar el primer

mer titulo que acabo de dar à Cayetano, y probar que fue verdaderamente hijo de la providencia, comparando los graves males que affligian à la Iglesia en aquel siglo de escandalos, con los socorros que el Señor la destinaba en su persona; veriais que el niño Cayetano, como Samuel, parecia haver nacido, no tanto para sí, como para el Tabernaculo: *Non sibi sed Tabernaculo*, y como Samson, mas para humillar à los enemigos del Pueblo Santo, que para trabajar en su propia gloria: *Ut salvet Populum meum*.

Es muy corto el tiempo, Señores, que se permite à un Panegyrico, para que podamos detenernos à recoger flores para adornar su cuna: dexemos crecer à este hijo de bendicion entre los brazos de su virtuosa madre: este nuevo Nazareno, consagrado al Señor, aun antes de nacer, desde el seno de la opulencia, y de la grandeza, empieza à hacer ensayos de la pobreza mas rigurosa: bajo la conducta de sus Maestros, los que no cesaban de admirar su profundo talento, se aplica como Daniel al estudio de las ciencias, cuya vanidad desprecia, aun antes de poder conocer su peligro; y Dios, para confundir algun dia à los falsos sabios por su medio, le dá, como al Profeta, el don de la inteligencia de sus Misterios.

El primer fruto de sus estudios, fue el odio, y el desprecio de la gloria, y fortuna mundana: apenas empezó à conocerse, quando, segun la expresion de San Gregorio, se sintió oprimido con el peso de las riquezas: el zelo de la Casa del Señor, que le inflamaba, le presentó una ocasion muy favorable pa-

ra deshacerse de ellas; de comun acuerdo con su hermano el Conde de Thiene, edificó, y dotó una Iglesia para comodidad de las gentes del Campo, à quienes la distancia de la Ciudad autorizaba para no asistir à los Divinos Oficios.

Pero quantos mayores esfuerzos hacia Cayetano para huir del mundo, éste parece que le buscaba con mas ansia; se multiplicaban sus cadenas, segun trabajaba nuestro Santo con mayores esfuerzos para romperlas: llegó à Roma la fama de sus virtudes, y quando Cayetano iba à aquella Ciudad para vivir en ella retirado, y desconocido, le salen al encuentro las Dignidades, y empleos: los Principes de la Iglesia procuran à porfia proporcionarle el camino para los honores; su mérito, por mas que él procura ocultarse, le hace visible en todas partes; pero sus rápidos progresos asustan su humildad: muy poco conoce al mundo el que piensa poderle conciliar con la perfeccion del Evangelio,

¿Puede pedir mas el mundo en un hombre à quien caracteriza con los titulos de honrado, y de prudente, que el que se declare enemigo de la lisonja, que honre à sus Superiores con una modesta libertad, que sea afable, sin afectacion, equitativo sin rigor, condescendente sin flaqueza, que se acomode con prudencia à las necesidades del tiempo, y que no se rinda por interés, ò cobardía à las pasiones de los hombres? Nada mas puede pedir el mundo; pero Cayetano forma mas alta idea de las obligaciones del Christiano: mira con los ojos de la fè los ardidés de la Corte, los artificios de la prudencia humana, el favor tan estimado de los Grandes,

y descubre en ellos lo que el encanto de la vanidad oculta à nuestra vista.

Dios le guia à la soledad para hablar allí à su corazon mas individualmente: allí dispone consagrarle à su servicio de un modo muy particular, como à Moysés, y revestirle de un caracter mas santo, para proporcionarle à que lleve su palabra à los Reyes, y à los Pueblos: el Sacerdocio despojó enteramente à Cayetano de sí mismo, y le hizo un hombre nuevo: Vincencia su patria, le vió admirada consagrar à la caridad las riquezas que se havian librado de su zelo: quedó tan pobre, que no tenía mas alvergue que el comun hospicio de los pobres, y despues de haver dado à éstos quanto poseía, les dió tambien su propia persona.

Nada mas le quedó que su propia voluntad, y aun ésta empezó muy presto à serle molesta, no habiendo reservado para sí mas fondo que la providencia de su Dios: no quiso tampoco tener otra guia que la misma providencia: ya havia mucho tiempo que el Señor hablaba intimamente con su alma, como con los mas favorecidos Profetas; para entender mejor la voz del Señor, le pareció ser el camino mas seguro el de la obediencia; y como otro Samuel, cuya docilidad tanto alaba la Escritura, obedece ciegamente los preceptos de su Director: apenas éste le manda que abandone su patria Vincencia, quando sale de ella sin detenerse; si le manda pasar à Venecia, obedece con prontitud, y si le buelve à llamar à Roma, ni las reconvenciones de sus amigos, ni las persuasiones de que éstos se valen, ni los pretextos que le alegan del mucho bien que

que hacia en aquella Ciudad, y el desorden que ocasionaria su ausencia, son capaces de detenerle.

Toda su vida vivió del mismo modo; siempre estuvo en las manos de sus Superiores, como un instrumento en las del Artifice, dispuesto à quantos usos quiera hacer de él: siempre prefirió el merito de obedecer à la gloria frivola de mandar, y siempre estuvo dispuesto à mandar por obediencia, como à obedecer por gusto, é inclinacion: los Sumos Pontifices le hallaron siempre pronto à executar sus ordenes, sin permitir que se les representasen los peligros à que le exponian sin saberlo: nunca usó de dilaciones en obedecer los preceptos, aun quando le autorizaban para ello las causas mas legítimas: ¡quántas veces llegando à postrarse à sus pies, los dejó admirados con la generosa prontitud de su obediencia! ¡qué propio era, Católicos, para instrumento de los designios de Dios, un hombre tan desprendido de sí mismo, y tan entregado à su divina providencia!

Para representaros, Señores, la perfecta sumision de nuestro Santo à las ordenes del Cielo, me es preciso referir aqui la historia de nuestras antiguas desgracias: ¡pero ah! ¿qué no pueda yo borrar con mis lagrimas las memorias en que estas se conservan? Quiero escusaros, Católicos, el dolor de oír tan funestas tragedias; basta decir, para gloria de nuestro Santo, que en todos los peligros de que se vió amenazada la Religion, Cayetano se manifestó siempre como aquel Leon severo, de que habla Isaías, que servia de centinela en la Casa de Dios: *Leo super speculam Domini*: velando dia, y noche para acu-

acudir à donde le llamaba el peligro: *Stans jugiter per diem, stans totis noctibus.*

¡Oh guardia fiel de la Casa del Señor, decidnos vos mismo, cuántos, y cuán varios peligros os asustaron! Nuestro Santo vió con tanta realidad como Jeremías, obscurecido, y privado de todo su resplandor el precioso oro del Templo, dispersas las piedras del Santuario, y casi hechos pedazos los vasos en que debia conservarse el depósito de la doctrina, y de la fé: el hambre, anunciado en otro tiempo por el Profeta Amós, el hambre de la divina palabra, assolaba la tierra: los Pueblos hambrientos pedian, aunque en vano, este celestial alimento, y apenas se hallaba un dispensador fiel que se le repartiese: la Tribu de Leví casi no se distinguia de las otras Tribus: los excesos de los Sacerdotes autorizaban los de los Pueblos, los de los Pueblos parece que hacian tolerables los de los Sacerdotes, y unos, y otros justificaban, al parecer, la pretendida reforma, que con pretexto de enmendar las costumbres, intentaba destruir la fé.

En medio de estas necesidades levantó el grito Cayetano: *Clamavit Leo super, speculam*: al oír su voz, como la de Elias, se juntaron al rededor de él los Profetas fieles, que havian quedado en Israel: inmediatamente enciende en sus corazones el mismo fuego que à él le abrasa, y les comunica todo su espíritu: id, Angeles del Señor, impelidos del impetuoso viento del Espíritu Santo, que os anima, y os guia: *Ite Angeli veloces*: id à hacer que se avergüence el libertinage, à convencer al error de calumnia, y de mentira, con el exemplo de vuestras vir-

virtudes, à avivar la fé, y à animar la piedad, casi igualmente apagada en todos los corazones.

Vió en la realidad, como antes havia visto David, al Señor irritado, que enviaba sobre toda la Italia sus Angeles exterminadores: todas las plagas del Cielo caían sucesivamente sobre aquellas infelices Provincias: la discordia enciende el fuego de la division en muchas Ciudades rebeldes, è introduce el azote de la guerra: la suerte mas feliz es la de los miserables, que mueren al filo de la espada: à otros los consume lentamente la esterilidad de la tierra, y la peste acude à arrebatár à los que se libran de las dos plagas anteriores.

A vista de un espectáculo tan triste levanta Cayetano el grito de la caridad: *Clamavit Leo super speluncam*. Acude el primero à donde mas insta la necesidad; parece que se multiplica para acudir à todas partes; y se multiplica realmente en el espíritu de cada uno de sus hijos: id, pues, Angeles del Señor: *Ite Angeli veloces*: id à consolar à los pobres con el espectáculo de vuestra pobreza, y de vuestra paciencia: id à animarlos con vuestros discursos, y à aliviarlos con vuestros servicios: Angeles de paz, id à reconciliar los corazones, y à anunciar en todas partes, que Dios se acuerda ya de sus antiguas misericordias.

A todo atiende la vigilancia de este nuevo Apostol; no le pongo yo este nombre, Catolicos, toda Italia, con una voz unanime, le llamó asi antes que yo: à todo alcanza su infatigable zelo: si se trata de restituir à su antiguo fervor la disciplina regular, relajada en muchos Monasterios, de levantar

las ruinas de los Hospitales, entre las que parece que havia quedado sepultada la caridad de los fieles, de restituir el culto santo à su antiguo esplendor, de restablecer el frecuente uso de los Sacramentos, de alentar la tibieza de los justos, è de confundir la impiedad de los libertinos, à todo alcanza la actividad de Cayetano, y en todas partes se manifiesta, como instrumento de las misericordias de Dios: en nuestro Santo se vé, Señores, una generosa víctima, que por su gloria se entrega à las persecuciones, y à la muerte.

Ministros del Señor, vosotros cultivais una tierra ingrata: al mismo tiempo que procurais limpiarla con vuestros cuidados, y fatigas, os ensangrienta con sus espinas: el mundo que no respetó al Unigenito del Eterno Padre, ¿respetará acaso à sus Ministros? Cayetano, como otro Jeremías, experimentó estos malos tratamientos del mundo; podia contar, como aquel Profeta, el numero de sus persecuciones por el de los dias de su vida, y por sus enemigos declarados à todos los que lo eran de la virtud, y de la fé; pero todavía son estas pocas pruebas de su valor invencible: en donde mas admirareis su constancia, es en las desgracias que sufrió la Iglesia en el saco de Roma.

¡Oh terribles juicios de nuestro Dios, y Señor! parece que en su indignacion havia abandonado su Esposa al furor de las Naciones: ¿pero qué digo de las Naciones? Los mismos hijos de Sion se havian conjurado contra su Madre, y despedazaban el seno que los havia dado la vida: el enemigo se hallaba à las puertas de nuestra verdadera Jerusalem, y

admirados los Reyes de la tierra apenas podian creerlo: *Non crediderunt Reges terræ, quoniam ingrederetur hostis per portas Jerusalem.* La Ciudad Santa se vió hecha presa de su furor, la sangre corria en arroyos al rededor de sus murallas; el ungido del Señor se vé despreciado; el pudor de las Virgenes no estaba seguro en los mas santos asilos; y los Sacerdotes queriendo defender los Altares, quedaban convertidos en víctimas de su zelo: ¿hasta quando, ó Dios mio, ha de consumir à vuestro Pueblo el fuego de vuestra indignacion? ¿Usquequo Domine? ¿no han de poner limites vuestras misericordias à vuestras venganzas?

No, Catolicos; la justicia del Señor, irritada por los pecados de su Pueblo pedia una víctima, que desarmase su indignacion: Cayetano se ofrece como tal, y el Señor la acepta: mirad, ó gran Dios, à vuestro Siervo entre los que mueren, y agonizan, en medio de las llamas que abrasan la Ciudad Santa, desafiando à los peligros, y despreciando el furor de los Soldados: acude à todas partes à donde le llama la imagen de la muerte: la avaricia, y la crueldad inventan contra Cayetano los mas barbaros tormentos: le ponen tendido entre dos tablonnes, los que aprietan con tanta fuerza, que à no cuidar el Señor extraordinariamente de su vida, la huviera perdido en este nuevo genero de martyrio: cansados de atormentarle los primeros verdugos, ceden à su constancia, pero los suceden otros de nuevo: le arrancan del pie del Altar, en donde estaba ofreciendo à Dios sus ultimos suspiros, y le precipitan, en compañía de sus amados hijos, en un obs-

curo calabozo: ¡oh, constancia maravillosa de los Santos! aquel lugar de horror se muda en un Santuario: aquel obscuro calabozo resuena con el cántico de los Psalmos, y se practican en él los santos ejercicios de la Religion con el mismo orden, y fervor, que si gozaran de una paz tranquila: oid, ó Dios mio, los votos de Cayetano: solamente os pide, que dirijais contra él los golpes de vuestra venganza: ¿es posible, Señor, que no os haveis de mover à vista de sus lágrimas, y oraciones?

Sí, Catolicos; el Cielo oye los ruegos de Cayetano: cesa la persecucion, se retira el enemigo, y la Italia empieza à respirar; mas para que quedase enteramente aplacada la divina venganza, era necesaria la absoluta destruccion de la víctima; ya bastará para consumirla, el ardiente fuego que la abrasa: rompióse el dique, que se havia empezado à levantar contra las inundaciones de la irreligion: la interrupcion del Santo Concilio de Trento sepultaba à la Iglesia en nuevos males, y desvanecia sus bien fundadas esperanzas: el fuego de la discordia se bolvia à encender con mas actividad que antes, amenazando reducir à una de las mas florecientes Provincias de Italia à un monton de cenizas.

A vista de estas desgracias, no cesaba Cayetano de hacer resonar en el Santuario sus acentos, mezclados con sus suspiros: Señor, exclamaba continuamente en los extasis de su alma, Señor, acordaos de vuestras antiguas misericordias; salvadnos, Señor, por vuestra propia gloria; acordaos de vuestro santo nombre, el que tantas veces ha sido invocado sobre vuestro Pueblo: finalmente, no pudiendo resistir à

la idea de los males, que amenazaban à la Iglesia, ni al dolor que le ocasionaban los ultrages, que veía cometer contra su Dios, se rinde, y pide la muerte por ultimo favor, no pudiendo, à imitacion del Grande Augustino, sobrevivir à los desastres de su Pueblo: el fuego de la caridad aviva en las venas de Cayetano el incendio, que ha de consumir esta victima; pero no pasemos mas adelante, Señores: hasta ahora habeis admirado en Cayetano el hombre de Dios; resta todavia vér, como el Señor se manifestó siempre el Dios de Cayetano, que es el asunto de la segunda parte.

## SEGUNDA PARTE.

**E**L Señor es fiel en sus promesas, y nos dá por prenda infalible de ellas su Omnipotencia, y su misericordia: esta prenda fue siempre el fundamento de la confianza de los Santos, la que nunca se halló confundida, y el mismo Dios se precia de justificarla, manifestandose siempre mas magnifico, con los que menos limites ponen à su confianza en él.

De esta verdad nace, Catolicos, la serie casi infinita de prodigios, que os he de referir: si Cayetano, por su singular desprecio de todas las cosas de la tierra, se manifestó verdaderamente hombre de Dios, el Señor, por medio de los mas extraordinarios prodigios, se manifestó el Dios de Cayetano: los prodigios de la providencia justificaron su confianza; los prodigios de la divina misericordia le consolaron en sus trabajos; y los prodigios de la divina magnificencia coronaron su sacrificio.

¿Qué

¿Qué otro nombre podremos dár, que el de prodigios de la providencia, à aquellos felices lances que parece se presentaban en el tiempo mas critico, y oportuno, para manifestar al mundo el estado, à que el espíritu de Dios havia reducido à su Siervo? Estas felices circunstancias le hacian ser mirado, como dice David, hablando de sí mismo, como un hombre singular, y extraordinario: *Tanquam prodigium factus*; y declaraban al mundo, que vos, ò Dios mio, sois un defensor poderoso: *Et tu adjutor fortis*.

En los primeros siglos del Christianismo se vieron poblados los desiertos con una multitud de Santos Anacoretas, desprendidos absolutamente de todos los bienes de la tierra, pero à lo menos se reservaron el trabajo de sus manos para ganar el sustento.

Despues se manifestaron en el mismo centro de la Sociedad aquellos varones heroycos, que olvidandose de todo, se olvidaban tambien en algun modo de sí mismos, por cuidar de la salud de sus proximos; pero creyeron, que para poderse dedicar mas libremente à este noble ministerio, debian estar libres de todos los cuidados, que puede ocasionar la necesidad: otros pasaron mas adelante, pues desprendidos de todos los bienes de la tierra, y haciendo profesion de una muy estrecha pobreza, acudian à remediar las necesidades de sus proximos, sin reservarse para sí otro derecho, mas que el mover la compasion de los fieles con la relacion de sus miserias.

¿Os parece, Catolicos, que podia llegar à mas

al-